

Las desventuras de la democracia en Haití

Rosny Smart

Economista. Ex primer ministro de Haití (1996-1997).

Traducción: Gabriela Cabantous.

Resumen

El autor analiza la falta de correspondencia entre los partidos y los movimientos sociales y el desafío planteado por las tradiciones de militarismo y obediencia que dan base a populismos de derecha.

Abstract

The author discusses the lack of correspondence between parties and social movements and the challenge posed by the traditions of militarism and obedience which permit the foundation of right wing populism.

Palabras clave

Transición; Democracia; Militarismo; Partidos; Movimientos Sociales.

Keywords

Transition; Democracy; Militarism; Parties; Social Movements.

Cómo citar este artículo

Smart, Rosny 2008 "Las desventuras de la democracia en Haití" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VIII, N° 23, abril.

Febrero de 1986, caída de Duvalier. Euforia popular, festín democrático. El movimiento popular es la pieza maestra, el actor principal. (Una pequeña digresión: utilizaré indistintamente los términos movimiento popular, movimiento democrático o, más frecuentemente, movimiento social). Frente al movimiento popular se encuentran los militares, con la vieja oligarquía en segundo plano, que negoció con Duvalier y se benefició ampliamente con el régimen. En segundo plano está también la Internacional con los estadounidenses a la cabeza, decididos a supervisar la transición y garantizar que sea pacífica, sin destrozos. Ahora bien, comienza el *déchoukage*¹ de los partidarios de Duvalier, entonces el objetivo de una transición pacífica enfrenta dificultades. Pero más allá de estas acciones revanchistas y anarquistas, ¿qué quería el movimiento? ¿Cuál era su intención?

Con la caída de Duvalier, cayeron los referentes políticos y la política entró en crisis. El antiguo régimen autocrático parecía agotado y no había forma de asegurar su supervivencia. De todas formas, frente a este desmoronamiento, los referentes para la instauración de un régimen democrático eran muy débiles, la historia política del país estaba principalmente constituida por dictaduras.

Surgieron fuertes reclamos de orden ético, de bien común y se identificó a toda la política con "estafas", muertes, violaciones, asesinatos, etc. Como veremos más adelante y como comúnmente se dice: "Se tiró el agua sucia de la bañera con el bebé adentro".

El movimiento social intentaba revolucionar el campo político; había que dar vuelta todo, había que cambiar la política, una verdadera revolución en el sentido amplio del término, algo inédito. Pero, ¿cuáles eran los instrumentos, las herramientas para alcanzar dicho objetivo? Claramente, no las tenían. El gran movimiento social haitiano no tenía contorno, dirección, vanguardia, estructura ni organización, era una especie de gelatina. El movimiento tendía a la horizontalidad perfecta, rechazando toda jerarquía, toda verticalidad. En este marco suscito surge la democracia como alternativa política mundial y regional. De hecho, todos se decían demócratas, sin saber demasiado qué querían decir.

Todo cambio se identificó con la democracia; por lo tanto, en cierto sentido, la revolución con la que soñaban y se ilusionaban era de orden democrático. Se hablaba de movimiento democrático metiendo a todo el mundo en el mismo paquete de la democracia.

Muchos soñaban con una democracia popular, pero de un nuevo tipo, un poco como la revolución cubana o, más aún, como la sandinista, pero aquí el sueño era romper aún más con los caminos trazados.

Ahora bien, lo que tenía fuerza, lo que constituía la nueva referencia política mundial y regional, y que, en cierto sentido se nos imponía,

era un sistema político de democracia representativa, tomando como punto de referencia los grandes países industrializados del mundo occidental.

A partir de este marco global, de esta nueva situación, de este nuevo paradigma, surge la Constitución de 1987 que instauró un sistema político de democracia representativa, limitó el poder del Ejecutivo creando un poder ejecutivo con dos cabezas, reforzó el poder legislativo e introdujo un fuerte acento de descentralización en el sistema político haitiano.

En pocas palabras, se puede decir que para el gran movimiento social, movimiento popular o movimiento democrático, la Constitución era demasiado de derecha. En general, las aspiraciones de un mundo justo y equitativo no aparecían con demasiada fuerza. Queríamos una democracia sustancial. Por el contrario, para los militares y sus aliados que querían refundar el viejo sistema autocrático, era demasiado de izquierda. Las exigencias de derecho y justicia eran decididamente demasiado fuertes. Del mismo modo, la reducción del poder del ejecutivo y concretamente del poder del presidente de la República no lograba conseguir la adhesión de sectores de derecha. De todas formas, históricamente este sector siempre aplicó el adagio que dice: "*Constitution se papye, bayonètse fè*"². Por lo tanto, se podría decir que la Constitución no respondía a los deseos de los principales actores de la escena política. Es cierto que la Constitución se votó masivamente el 29 de marzo de 1987, pero fue más por defecto que por convicción. De hecho, para el movimiento social, una vez elaborada la Constitución, la mejor alternativa era votarla, ya que contenía ciertos artículos que respondían a sus deseos, como el que excluía a los duvalieristas activos de la escena política durante diez años y aquellos relativos a la reforma agraria.

Pero, además, la Constitución transformaría a los partidos políticos en actores de peso del sistema político. De allí, el decreto del Consejo Nacional de Gobierno reglamentando los partidos políticos y dándoles ciertas prerrogativas. Un hecho casi inédito en la historia del país.

Sin embargo, los partidos políticos son débiles y no tienen mucha influencia en el conjunto de la población. No tienen prácticamente historia. La coyuntura del '86 les dio la oportunidad de hacer sus primeras armas públicamente. Pero no hay que engañarse: el gran movimiento social que derrocó a Duvalier se desarrolló paralelamente a los partidos y a los líderes políticos, muchos de los cuales vienen del exterior. Los partidos y los líderes coexisten con el movimiento social, pero no llegan a impregnarlo. El actor principal del sistema democrático establecido por la Constitución con la aparición de los partidos políticos es inclusive ignorado por el gran movimiento social del '86. Por lo tanto, de alguna manera, el sistema de representación cayó en una trampa desde el principio.

«Para adaptarse a la nueva situación política, al nuevo paradigma definido por la Constitución, la mejor fórmula era instaurar de entrada un poder populista, ni revolucionario, ni democrático, algo intermedio»

Los cinco primeros años se caracterizaron por los intentos de refundar el viejo sistema político por parte de los militares. El movimiento social dio fuerte batalla contra estos intentos dando lugar a cinco años de gran inestabilidad política con tres golpes de Estado y elecciones frustradas y ensangrentadas. Finalmente, el movimiento social gana la batalla y llega al poder en las elecciones de 1990, con Aristide.

El golpe de Estado de 1991 y la caída de Aristide siete meses después de subir al poder es todavía el resultado del enfrentamiento entre dos visiones opuestas acerca del futuro del país. El retorno de Aristide tres años después, acompañado de una fuerza militar extranjera, estadounidense, de 20 mil hombres, bajo la bandera de las Naciones Unidas, anuncia la derrota de las fuerzas conservadoras representadas por las Fuerzas Armadas haitianas. En

los hechos se destruyó el ejército y posteriormente un decreto del presidente Aristide concretó su desmantelamiento. Parecía abrirse el camino al movimiento social y a las fuerzas llamadas democráticas para poder llevar a cabo la transición dentro del marco establecido por la Constitución de 1987.

Pero, como afirmamos, el movimiento popular en su conjunto estaba más a la izquierda del marco definido por la Constitución. Aunque estaba de acuerdo con los grandes principios del régimen democrático: respeto de las libertades fundamentales como el derecho de expresión, libertad de asociación, derecho a la vida, etc., quería reformas mucho más profundas. Quería sobre todo terminar con las flagrantes desigualdades sociales y para ello aspiraba a un régimen político entre comillas "revolucionario". Para adaptarse a la nueva situación política, al nuevo paradigma definido por la Constitución, la mejor fórmula era instaurar de entrada un poder populista, ni revolucionario, ni democrático, algo intermedio. Aristide encarnaba bien este nuevo po-

der populista. Tenía la osamenta de los grandes caudillos populistas. Con sus palabras proféticas, podía galvanizar la energía popular y preconizar la integración de las masas populares dentro de la vida de la nación.

En efecto, no existen contradicciones insalvables entre populismo y democracia. El primero se desarrolla dentro de la segunda, sin llegar de alguna manera a sofocarla, dado que existen serios riesgos de una desviación autoritaria clásica, es decir, un poder dictatorial, por no decir totalitario. Y es lo que ocurre con el régimen de Aristide, segunda versión.

Conviene aclarar que la dictadura de Aristide sale de los moldes tradicionales caracterizados por la presencia de los militares como brazo armado, para hacer del movimiento social de carácter popular su instrumento de golpe y de represión. En vez de una dictadura militar de carácter oligárquico, estamos en presencia de una dictadura de carácter populista. Es verdad que la historia haitiana está llena de casos en los que la movilización popular estuvo al servicio de causas personales, pero en este caso la utilización de las masas no tuvo un carácter coyuntural, parcial, sino que respondió a una estrategia de conjunto, de clausura del espacio público.

Las clases populares urbanas marginales, más específicamente las organizaciones llamadas populares, fueron el instrumento privilegiado de esta estrategia de violencia, una violencia madurada, preparada. Duvalier también las utilizó para asentar su poder totalitario, pero no aprovechó una movilización popular, un movimiento social. Duvalier simplemente reclutó agentes violentos dentro del medio urbano y también rural para formar su cuerpo paramilitar de Tonton Macoutes. Fignolé fue quien tuvo el liderazgo del movimiento social urbano, principalmente en la capital, Puerto Príncipe.

En el caso que nos concierne, en un primer momento, los mandos del movimiento Lavalas se organizaron en forma de guerrillas urbanas en ciertos barrios populares, con incursiones en diversos puntos de la ciudad, fusilando y saqueando negocios, almacenes y demás. Inmediatamente, se transformaron en verdaderas bandas criminales cuyo objetivo fue sobre todo extorsionar a la clase media y la burguesía, obtener directamente de estas clases sociales una renta en dinero mediante los secuestros.

Una especie de redistribución forzada, violenta. Una de las características del populismo es lo que se ha dado en llamar "distribucionismo". En general, el poder populista utiliza los ingresos provenientes de un recurso natural que le proporciona una renta –ya sea el suelo o el subsuelo: la tierra, el petróleo, las minas– para distribuirla entre su clientela. En general, la distribución no se hace a partir de un superávit logrado con el trabajo humano. En el caso de Haití, podemos plantear la hipótesis de que el Estado no poseía un ingreso para hacer dicha distribución; los secuestros

fueron un sustituto que se obtuvo a partir de la extorsión a las clases sociales con ingresos más altos.

En este caso, más que una distribución hay una redistribución. De ser así, podemos pensar que los secuestros tenderán a perpetuarse. Obviamente, un programa de inversiones en los barrios populares dista de resolver el problema, ya que no responde a las exigencias del "distribucionismo", que consisten en aumentar rápidamente los ingresos y el poder de compra de las clases marginales.

De cualquier modo, se puede afirmar que el movimiento social que derrocó a Duvalier y puso en el poder a Aristide y después a Préval continúa avanzando a su ritmo a pesar de su deriva, sus avatares, sus fracasos y de las crisis reiteradas que ha suscitado. En efecto, Lespwa, más que un partido político, es un movimiento social que reagrupó las fuerzas dispersas del movimiento Lavalas en vista de las elecciones de 2006.

El hecho de que las elecciones de 2006 hayan sido ganadas de nuevo por el movimiento social plantea un problema de fondo, el de la incapacidad de los partidos políticos, no de modernizarse, como muy frecuentemente se repite, sino de "proletarizarse" en cierta forma, de acercarse a los sectores sociales subalternos. Como se mencionó anteriormente, el problema del paralelismo entre partido político y movimiento de masas surgió a partir de 1986. Antes del '86, los partidos políticos no existían legalmente. Una vez más, las elecciones de 2006 reflejaron una neta preferencia de los electores por el candidato del movimiento social.

Los partidos políticos hicieron un pobre papel. No obstante, se registraron avances modestos en su inserción. Cuatro o cinco partidos pudieron obtener una presencia apreciable en el Parlamento y dentro de las colectividades territoriales.

A pesar de estos signos positivos, en general el problema persiste. Mientras los partidos políticos, estructuras de mediación entre la población y el poder del Estado, no estén en condiciones de enquistarse en la población y ganar su confianza, mientras no haya articulación entre el movimiento de masas y las organizaciones políticas, es difícil imaginar que la política pueda hacerse de manera más racional y que podamos salir del campo de las irracionalidades caracterizadas por el mesianismo, el ejercicio personal del poder, la no-búsqueda de consenso para gobernar bien la ciudadanía y la repetición constante de la crisis.

La historia de los partidos políticos en Haití es reciente. Más allá de la multitud de lo que llamamos partidos de notables, partidos-candidatos, se realizaron serios esfuerzos para estructurar y democratizar la vida interna de ciertos partidos políticos. La democracia haitiana deberá

contar con estos esfuerzos. De este trabajo minucioso, paciente, surgirán las condiciones de la democracia.

No obstante, en las elecciones de 2006 los partidos mejor estructurados no fueron capaces de superar sus intereses electoralistas de corto plazo. La población espera de los partidos, y, en general, de los hombres y mujeres políticos de este país, actos de grandeza en compensación por la historia de la política en Haití. Sólo con esta condición los demócratas de este país podrán convencer a la población de sus buenas intenciones. De lo contrario, la atracción populista seguirá siendo muy fuerte y la democracia se convertirá en un ideal lejano, hecho sobre todo para “los países grandes”.

No se puede terminar esta reflexión sin decir algo sobre la situación actual. En general, estamos en una situación política relativamente estable. Las instituciones son débiles, pero funcionan. No hay persecuciones políticas y el clima general es de calma. No obstante, conviene aclarar lo siguiente:

- A partir de las elecciones del año 2006, el presidente de la República, sin duda preocupado por las múltiples crisis de su primera administración, ha considerado prudente integrar al gobierno los cinco partidos políticos con representación en el Parlamento. Al hacerlo, decididamente ha garantizado cierta estabilidad al aparato del Estado, pero sin corregir el personalismo del poder. Por el contrario, esto parece darle más legitimidad para gobernar solo, como dueño y señor. Una vez más, el poder es personalizado. Además, el gobierno parece disperso, desmembrado y sin dirección.
- Un Parlamento de carácter plural, sin mayoría de partidos o de bloques que formen el poder legislativo, tiene un acento contestatario que reivindica su derecho de controlar al Ejecutivo, lo que evidentemente es bueno para la democracia, pero, por falta de conocimiento, por confusión de papeles, por la existencia también en el Parlamento de un estilo populista y debido al estallido de varios escándalos relativos a algunos miembros del cuerpo legislativo, la consolidación de la legitimidad parlamentaria a los ojos de la población parece estar comprometida. Debemos decir que el desparramo y el desorden parlamentario se deben en parte a la indiferencia del Ejecutivo con respecto a la búsqueda de una mayoría parlamentaria para dirigir, como en toda

- democracia. La presidencia y el gobierno parecen estar más cómodos con este tipo de relaciones que les dan más libertad y más posibilidades de maniobrar, pero también están sujetos a un mayor riesgo de crisis.
- La violencia disminuyó; no obstante, la situación con respecto a la seguridad sigue siendo frágil. Ya se habla de un recrudescimiento de los secuestros.
 - La lucha contra la corrupción apenas comienza y deberá calmarse la preocupación de muchos acerca de su carácter tendencioso, si se quiere que sirva realmente a la democracia y no como revancha.
 - No puede descartarse el peligro de tener que recurrir a la movilización de masas para resolver los conflictos inter-institucionales, como pasó en la tarde del 14 de febrero de 2006 cuando la movilización popular le torció el brazo al Consejo Electoral Provisional (CEP) y lo obligó a cambiar el sistema de recuento de resultados para que Préval fuera elegido en la primera vuelta haciendo surgir repentinamente amenazas contra el Parlamento.

Hablando de transiciones en la región, existen dos fenómenos en particular que caracterizan la tentativa haitiana: se hizo con el apoyo de un movimiento social y no de un partido político como en la mayoría de los casos; y las crisis reiteradas dieron lugar a dos grandes afrentas a nuestra soberanía y nuestro orgullo como pueblo libre: dos invasiones en un lapso de diez años, aunque hayan sido bajo la bandera de las Naciones Unidas.

Conclusiones y perspectiva

Se ha querido realizar la transición haitiana bajo el signo de la anti-política. Hubo una especie de revancha de la sociedad civil (si se puede llamar así) contra la sociedad política. Históricamente podemos decir que tuvimos al Estado contra la sociedad. A partir de 1986, hubo un viraje: de alguna forma, la sociedad se volvió contra el Estado, lo que condujo al desmoronamiento de este último. De la reconciliación de estos dos polos aparentemente opuestos llegará la victoria.

La sociedad política sola desemboca en la monstruosidad de las dictaduras clásicas. La sociedad civil sola es el reino de la libertad desquiciada, del caos y la anarquía. Y, como desafortunadamente sabemos, "echad a los políticos que vuelven al galope"; su regreso será bajo la imagen deformada de una máscara con una mueca de crueldad y no con las bellas máscaras de Jacmel.

Intelectual y militante, gracias a su gran sensibilidad social, Gérard pudo comprender la realidad de nuestro país. Con coraje, se retiró de su partido, el PUCH³, para insertarse en el movimiento social haitiano con el propósito de lograr la unión entre lo social y lo político, y lo consiguió en parte al fundar la OPL⁴. A él debo mi militancia en este partido. Te doy gracias Gérard. El mejor homenaje que podemos hacer a Gérard es el de continuar con su obra, tratando de buscar en ambos lados la articulación entre los partidos políticos y el movimiento social. Se han logrado adelantos en este sentido. La sociedad haitiana comenzó a comprender el sentido de la organización política y los políticos comenzaron a salir de sí mismos. Pero el tiempo apremia. Tenemos que galopar y, como decimos en creole, *à tout boulin*⁵.

Notas

1 N. de la T.: En lengua créole significa "arrancar de raíz".

2 N. de la T.: "La Constitución es de papel, las bayonetas de acero".

3 N. de la T.: Partido Unificado de Comunistas Haitianos.

4 N. de la T.: Organización del Pueblo en Lucha.

5 N. de la T.: a todo galope.